



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 20 (2014)

LA ETOPEYA DE LA CRIADA EN EL ARTÍCULO DE COSTUMBRES*

Enrique RUBIO CREMADES
(Universidad de Alicante)

Recibido: 16-11-2013 / Revisado: 03-03-2014

Aceptado: 05-02-2014 / Publicado: 19-07-2014

RESUMEN: Artículo fundamentado en el análisis de un corpus periodístico perteneciente a finales del siglo XVIII y primera mitad del XIX. Clavijo y Fajardo, Romea y Tapia, Rubín de Celis, Larra, Mesonero Romanos, Antonio Flores, Fermín Caballero, entre otros, analizaron la figura de la criada desde diversas ópticas, de ahí la multiplicidad de visiones y evolución del comportamiento de la criada en su engarce con la sociedad que le correspondió vivir. Estudio que también recoge, fundamentalmente, el análisis de la criada en la colección *Los españoles pintados por sí mismos* (1843-1844).

PALABRAS CLAVE: Criadas, Siglos XVIII y XIX, Periodismo, Colecciones costumbristas.

THE MAID ETOPEYA IN THE ARTICLE OF CUSTOMS

ABSTRACT: Article based on the analysis of a newspaper corpus belonging to the late Eighteenth and early Nineteenth Century. Clavijo y Fajardo, Romea y Tapia, Rubín de Celis, Larra, Mesonero Romanos, Antonio Flores, Fermín Caballero, among others, analyzed the figure of the maid from various perspectives; so the multiplicity of views and evolution of behavior in the society in which she lived. Study also includes mainly the analysis of the main in the collection *Los españoles pintados por sí mismos* (1843-1844).

KEYWORDS: Maids, Eighteenth and Nineteenth Centuries, Journalism, Customs Collections.

* Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación Romanticismo Español e Hispanoamericano: Concomitancias, Influencias, Polémicas y Difusión (FFI2011-26137), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

Los antecedentes literarios en la literatura española referidos a la mujer que ejerce o sirve por un salario, especialmente en el servicio doméstico, son, en verdad, remotos, pues es necesario remitirnos a textos enraizados en los propios orígenes de la creación literaria. Piezas clásicas de la literatura española o escritores de la misma que configuran el canon de la literatura corroboran dicho aserto. Remitámonos, por ejemplo, a las criadas Elicia o Areúsa, mujeres al servicio de la célebre Celestina, e intermedio de las ramerías de Plauto y Terencio. La criada es tema central también en la novela cortesana, en donde las aventuras de damas y galanes, ayudadas en múltiples ocasiones por sus doncellas o criadas, forman de modo casi exclusivo la temática de este tipo de narraciones en donde las costumbres, preferentemente aristocráticas, alcanzan en mayor o menor escala a todos los tipos sociales, desde el lacayo, la dama celestinesca y el rufián hasta la criada murmuradora e infiel o la dama honesta, recatada y de conducta dudosa, como en las novelas de Castillo y Solórzano o María de Zayas, por ejemplo, escritora que si bien se constituye desde el primer momento en adalid del feminismo frente al concepto subestimado de la mujer en la literatura de la época, no le impide, pese a la defensa de la prerrogativa de su sexo, reconocer los defectos de este, cuando realmente existen, ni fustigar a sus congéneres cuando la ocasión lo requiere. Tampoco se deben olvidar las criadas que pueblan las páginas de la novela picaresca, tanto en las protagonizadas por mujeres, *La pícara Justina* o *La hija de la Celestina*, como las de famosos pícaros que dan vida a célebres títulos de novelas picarescas, como *El Guzmán de Alfarache* o *El Estebanillo González*.

El teatro renacentista es también pródigo en ejemplos, como en el caso de Torres Naharro, especialmente en sus comedias. Recordemos el gracioso latín macarrónico de las criadas que aparecen en su comedia *Tinellaria* o en sus comedias de intriga, como en *Himeneas*, en donde subyacen ya todos los elementos de la futura comedia de intriga, desde citas nocturnas, criados y criadas, escondites hasta lances de honor y venganza. Recordemos también los *pasos* de Lope de Rueda, fundamentalmente el titulado *Los criados y Los lacayos ladrones* o la célebre comedia *Eufemia*, en donde la criada Cristina tiene un lugar privilegiado en la trama argumental. Criadas célebres, egregias, como Constanza, *La ilustre fregona* cervantina o la criada un tanto casquivana y despreocupada, Aitisidora o la célebre Maritornes, que aparecen, entre otras, en el *Quijote*. La dramaturgia áurea, especialmente, Lope, incluye entre sus obras de costumbres, moralizadoras, de enredo e históricas, la figura de la criada para la cita amorosa o para la creación de equívocos. Recordemos, por ejemplo, las criadas Celia y Cara —*La dama boba*—, Cintia —*El castigo sin venganza*—, Cintia, Marcela y Dorotea —*El perro del hortelano*—, Inés —*La esclava de su galán*—, Teodora —*Las ferias de Madrid*—, Leonor —*Los milagros del desprecio*—, Isabel —*El mejor mozo de España*—... Criadas inolvidables creadas por la pluma de insignes escritores, como Lidora —*El condenado por desconfiado*, de Tirso—, Isabel y Clara —*La dama duende*, de Calderón de la Barca—, Beatriz —*El lindo don Diego*, de Agustín Moreto—. Entre los personajes más habituales de las comedias del Siglo de Oro aparece la criada confidente y acompañante de la dama que desempeña una especie de papel gracioso en mujer. En algunas comedias, incluso, comparte protagonismo, como en la comedia calderoniana *La señora y la criada*.

A pesar de todos estos ejemplos de criadas pertenecientes a las épocas aludidas, será el siglo XVIII el que mayor incidencia tenga en la producción costumbrista del siglo XIX. No debemos olvidar la formación neoclásica de los grandes maestros del género, Larra y Mesonero Romanos, conocedores y críticos de la obra moratiniana y, evidentemente, sabedores o conocedores de los rasgos más inherentes y peculiares de la sirvienta, personaje que está presente en la totalidad de sus comedias, salvo en la titulada *La comedia nueva o el Café*. Sin embargo, será el teatro de tendencia popular, el sainete, el que mayor

incidencia tendrá en el artículo de costumbres, fundamentalmente en los debidos a Mesonero Romanos. No se debe olvidar que la textura costumbrista, descriptiva y fundamentada en el estudio de comportamientos y costumbres, subyace en el cuadro costumbrista y en el sainete, pues tanto el primero como el segundo utilizan la forma dialogada, de ahí que numerosos artículos de costumbres tengan la apariencia y resortes propios del sainete.

La actitud ecléctica de la mayoría de los escritores costumbristas ante las corrientes estéticas y movimientos literarios, especialmente Larra, tal como consta de forma explícita y contundente en su artículo *Literatura*, posibilita la utilización de diversas fuentes literarias referentes a la visión de la mujer al servicio de amos, fundamentalmente, de condición social acomodada, sin tener en cuenta el estado civil de sus señores, pues son mujeres que lo mismo están al servicio de eclesiásticos o religiosos que al de nobles o personas acaudaladas. Así, por ejemplo, muchos de los motivos que subyacen en los artículos de los maestros del costumbrismo y en las colecciones costumbristas del segundo tercio del siglo XIX están ya presentes en las *Visiones y visitas* de Torres Villarroel (1727), especialmente en la titulada *Los Abates*, en clara referencia a los curas bravíos, a los sacerdotes casados y a las criadas de pueblo en íntima unión con el religioso, como si fueran amantes o esposos y padres de numerosos hijos. Tema que aparece en el siglo XIX con no poca intensidad, especialmente entre los escritores que analizaron en su día el sanchopancismo clerical y las relaciones amorosas entre el clero y las criadas ascendidas a ama de llave. Las riñas entre amos y criadas o el servicio doméstico en general también están presentes en numerosas ocasiones en el siglo XVIII, como en el artículo de Juan Antonio Mercadal *Galanteos y matrimonios a la moda*, publicado en el año 1761 o en el de José Clavijo y Fajardo titulado *Vida ociosa de muchas de nuestras damas* (1762: 189-220)¹ en el que no solo se censura la ociosidad de las damas de alta alcurnia, sino también sus relaciones con criadas, lacayos y resto de servidumbre en consonancia con los estados anímicos de la dama en cuestión, siempre ociosa y agresiva con el servicio doméstico, incluida, evidentemente, la criada (1762: 194, *passim*). Disputas entre amos y el servicio doméstico que posibilitan la añoranza de un tipo de servidumbre o de criada familiarizada y en íntima relación con sus señores, como en el caso de la ya citada obra de Torres Villarroel, *Visiones y visitas*, en el capítulo *Los sastres, zapateros, reposteros y otros mecánicos*.

El material noticioso sobre la criada en la prensa del siglo XVIII no es abundante, aunque no por ello insignificante, pues dicho tipo suele engarzarse y deslizarse en los artículos censorios sobre la sociedad llamada de buen tono. Una de las muestras más interesantes la encontramos en *El escritor sin título*, en el discurso VIII, en la *Carta de un señor que sé yo quién, que da cuenta del desarreglo de su casa, de los despilfarros de su mujer, estafas, visitas, modas y todo tren que tiene sembrado el abuso*. Este discurso literario y costumbrista describe las aventuras y desventuras en materia doméstica de un hombre casado cuyas desdichas, desgracias o infortunios están motivados por los despilfarros de su mujer. Evidentemente, la servidumbre, la criada, ocupa un lugar privilegiado en este artículo, pues se centra con especial atención en las relaciones entre señores y criadas o entre el personal

¹ Clavijo y Fajardo, bajo el seudónimo de *J. Álvarez Valladares*, afrancesado y volteriano imitó al célebre *Spectator* de Addison en sus reflexiones sobre la sociedad española, como en el caso del citado pensamiento: «Da madama una vuelta por su casa con el pretexto de ver si reina en ella el orden y el aseo, pero en la realidad solo por hacer un poco de ejercicio y digerir su chocolate; empieza a reñir a criados y a criadas; nada está bien puesto, nada a su gusto. La criada se ha levantado tarde; el cochero no ha venido a tomar la orden; el lacayo se ha dejado una ventana abierta; el paje ha olvidado escribir el papel a una amiga. Hay gritos, juramentos y maldiciones. La criada es una insolente; el cochero, un borracho; el paje, un bruto; el lacayo, un salvaje, y el comprador, un ladrón digno de la horca. Todo se revuelve, todos gritan, y el diablo parece que anda suelto en la casa» (1762: 194-195).

doméstico en general, único causante de la ruina económica del esposo al no poder hacer frente al gasto que generan las veleidades sociales de su esposa:

Ya se ve que cuando menos he de tener una doncella que sirva para el peinado cotidiano de mi esposa [...] No es mi ánimo pintar aquí las habilidades de estas daifas, ni aquel desenfado con que nos tratan, imbuidas de que si una puerta se cierra ciento se abren; pelgar por pelgar, tanto se me dan coles como nabos [...] La cocinera es otro ciento de nueces: si procuro que sea vieja, es regañona que no hay quien la pueda sufrir; si moza suele hacer malísimos guisados [...] pero tampoco es esta la madre del cordero: lo que quiero que Vm. Sepa es que tiene de salario veinticuatro reales, dos cuartos de almuerzo y de almorzar [...] (Romea y Tapia, 1790: 235-236).²

Este texto y otros centrados en los gastos de las casas, fundamentalmente, de las provisiones culinarias y de limpieza, revelan con claridad la incidencia de la criada en los asuntos de la familia. No escapan a esta crítica las doncellas de labor, las cocineras, las criadas ocupadas en las tareas domésticas más incómodas, sino también otra servidumbre que en el siglo XIX tendrá su propia *fisiología* o *tipo* en las colecciones costumbristas de este siglo, como la lavandera. Romea y Tapia en *El Escritor sin título* la describe fugazmente y desde una perspectiva asaz crítica, pues en su opinión, y al igual que otras mujeres del servicio doméstico, su contratación genera gastos capaces de arruinar a una familia: «La lavandera, sin contar aguinaldos, estafas disfrazadas y regaños pedigüeños, tira una semana con otra, diez reales, con que viene a sacar al año cuatrocientos ochenta» (1790, *Discurso VIII*: 239-240).³

La criada sirve como punto de referencia a los escritores satíricos y de costumbres para zaherir a la sociedad de buen tono, a las corruptelas de mujeres nada ejemplares que son imitadas por esposas modélicas al comprobar que la sociedad no hace distinciones entre ellas, pues incluso llega a primar más a la mujer aristócrata y sin fortuna, que no es nada ejemplar, pero que tiene a su servicio varias criadas, cocinera y lacayos, tal como constata Rubín de Celis desde las páginas de *El Corresponsal del Censor* (1786: 99). Doncellas de labor y criadas que ejemplifican diversos comportamientos están también presentes en la prensa de finales del siglo XVIII y XIX. En ocasiones como víctimas de amores interesados, como la doncella que vende en el rastro de Madrid sus pertenencias más queridas, un par de medias, para *socorrer* a su amante, como en el artículo *Carta sobre el rastro de Madrid*, publicado en el *Diario de las Musas* (1791: 272-278). Descripciones de la criada que, por regla general, están en consonancia con el grabado que aparece en la *Colección de trajes de España* (1777), de Juan de la Cruz Cano y Holmedilla, en el que luce una chaquetilla

² Para el presente estudio citamos por la edición de 1790, que lleva en la portada del primer número la siguiente cabecera: *El escritor sin título. Discurso primero dirigido al autor de las noticias de moda, sobre las que nos ha dado a luz en los días 3, 10 y 17 de Mayo. Traducido del Español al Castellano por el licenciado don Juan Cristóbal Romea y Tapia*. Edición que reproduce los discursos de la primera impresión. El texto reproducido corresponde al *Discurso VIII*, pp. 224-252.

³ En el citado discurso aparece una curiosa figura también relacionada con el servicio doméstico, considerada como una auténtica desgracia: «Parecerá demasiado al que no se haga caso que una de las plagas más fatales que tiene Madrid son ciertas semicriadas, fondos en vieja, camanduleras y presumidas que sirven para echar ayudas, suplir ausencias y enfermedades de las cocineras, sacar las liendres a los niños, urdir un chisme en el aire, recoger superfluidades antes que lo sean, encajar un billete si se ofrece, y por fin ser metrodoteles de cuanto ocurra. Estas siempre tienen la muela picada, y hoy aquí, mañana allí, no hay salsa que no gusten, ni cotarro en que no se encuentren. Según todas mis conjeturas, tienen dos bolsas, senos interminables en donde, como en arca de Noé, coge toda casta de pájaros. Allí hay su mansión para los mendrugos, nicho para los rancios y no rancios del tocino, su cámara para el carbón, estante para trapos; piden una cucharadita de manteca, recogen los zapatos viejos, y nunca les falta un pariente enfermo, por lo que pueda tronar [...]» (1790: 236-237).

gastada y un mandil que le cubre desde la cintura a los pies, un collar ajustado en el cuello y mirada complaciente, que con un embudo en la mano mira sonriente la disputa entre un perro y un gato.

Las referencias literarias de criadas, siervas y doncellas de labor cobran un especial auge a lo largo del primer tercio del siglo XIX, aunque su imagen suele ser caricaturizada o ridiculizada a fin de producir la sonrisa en el lector o para denunciar a un determinado tipo que alardea de ser un ciudadano ejemplar. En este caso, el escritor se sirve de la correspondiente criada para ridiculizar, precisamente, su comportamiento. De todo este material noticioso existente cabría destacar el célebre artículo de Larra, *El castellano viejo*, publicado en *El Pobrecito Hablador* el 11 de diciembre de 1832. Artículo que, afortunadamente, no quedó encerrado en dicha publicación gracias a la nombradía del propio Larra y al interés del editor Repullés, pues a los pocos años difundiría desde su editorial el citado artículo de costumbres y otros publicados en el mismo *Pobrecito Hablador*, *Revista Española* y *El Observador* (1835-1837). A partir de la primera colección colectiva, *El castellano viejo* sería un artículo de costumbres clásico, modélico, de ahí que todos los personajes que figuran en el mismo alcanzaran una difusión poco común, como en el caso de la lugareña o criada torpe, que con sus malas artes serviciales, a pesar de sus buenas intenciones, consigue que la seriación de tonos caricaturescos que aparecen en el cuadro acrecienten la sátira social ideada por Larra para censurar al castellano viejo, al individuo que alardea de ser el prototipo de las buenas costumbres que deben imperar en la sociedad:

Una criada toda azorada retira el capón del plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa descende, como el rocío sobre los prados, a dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conoce término; retírase atolondrada sin acertar con las excusas; al volver tropieza con el criado que traía una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusión (1835, I: 39).

De esta manera, Larra acentuará lo insignificante o cualquier aspecto involuntario, el descuido de la criada, para lograr la caricatura, obtenida mediante la deformación y abultamiento de rasgos o acopio de incidentes que consiguen el propósito deseado. Rasgos que pondrá en auge Larra entre los costumbristas, aunque sus raíces literarias nos remitan a escritores clásicos de nuestra literatura, especialmente a Quevedo y Torres Villarroel. Es también evidente en Larra su desdén e, incluso, su desprecio por los oficios más populares o personajes de baja extracción social, como su artículo, entre otros, *La Noche Buena de 1836. Yo y mi criado. Delirio filosófico*, escrito en el umbral de la muerte (1836).⁴ En *El castellano viejo* se da también protagonismo a un tipo de criada, presente en las publicaciones del siglo XVIII citadas, para ejercer las funciones de auxiliar de la servidumbre de la casa, como en el caso de la criada vizcaína. Tras la caótica y copiosa comida, mitad cocinada en la fonda y mitad en su casa, se especifica que para esta última ha sido necesario contar con los servicios de «una vizcaína auxiliar tomada al intento para aquella festividad y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada» (1835, I: 36).

4 En nota a pie de página, Larra incluye en el inicio del artículo unas reflexiones en las que juzga al criado como un ser inferior a él, y más adelante lo tacha con toda suerte de improperios: de sonrisa estúpida, de apetito desordenado y excesivo, racional porque los naturalistas así han tenido la bondad de llamar y mente hueca, como si fuera en su conjunto un mueble.

El otro modelo de criada caricaturizada y descrita con tintes nada halagüeños corresponde al corpus costumbrista de Mesonero Romanos, que si bien es más tolerante con las clases sociales bajas, utiliza determinados tipos de este conjunto social para censurar las costumbres madrileñas, desde el conductor del coche Simón por su brutalidad, hasta la vulgaridad e irracionalidad de quienes ejercen en el servicio público o doméstico. La diferencia entre Mesonero y Larra estriba en que *El Curioso Parlante* utiliza un humor y una sátira que fácilmente se puede identificar con el lema horaciano *satira quae ridendo corrigit mores*, mientras que en Larra la ironía, el humor negro y la desesperación subyacen o predominan, por regla general, en sus artículos. Sirva de ejemplo el celeberrimo artículo *El Romanticismo y los románticos*, publicado en el *Semanario Pintoresco Español*, sutil crítica literaria que en su momento tuvo la misma repercusión que la comedia moratiniana *La comedia nueva o el café*, en donde escritores de comedias heroicas y pedantes se sienten claramente identificados y censurados. Mesonero consigue idéntico propósito, ridiculizar no solo los dramas románticos, sino también a sus autores y amantes del romanticismo. Tras una seriación de sucesos ridículos vividos por los jóvenes amantes protagonistas del cuadro, la última secuencia la protagoniza la criada justo en el momento en el que el joven protagonista regresa a su casa y en ella se encuentra con la criada que lanzando suspiros amorosos a la manera de requiebros intenta tener una relación amorosa con él:

Se hace preciso advertir que esta tal moza era una moza gallega, con más bellquería que cuartos y más cuartos que peseta columnaria, y que hacía ya días que trataba de entablar relaciones clásicas con el señorito. La ocasión la pintan calva y la gallega tenía buenas garras para no dejarla escapar; así es que entreabrió la puerta y modificando todo lo posible la aguardentosa voz, acertó a formar un sonido gutural, término medio entre el graznido del pato y los golpes de la codorniz (1837: 284).

Una vez en la habitación de la criada y pese a sus insinuaciones, el joven galán no respondía, sino que exhalaba hondos suspiros que la moza gallega contestaba con otros descomunales, aderezados con ajos crudos y cominos, aceite y vinagre, viandas que acababa de ingerir como parte de su cena. Caricias *sui generis* y suspiros que no hacen mella en el galán, desesperándose la mujer al obtener respuestas inconexas propias del romanticismo:

Sombra fatal de la mujer que adoro,
ya el helado puñal siento en el pecho;
ya miro el funeral lúgubre lecho,
que a los dos nos recibe al perecer.
Y veo en tu semblante la agonía
y la muerte en tus miembros palpitantes
que reclaman dos míseros amantes
que la tierra no pudo comprender (1837: 284).

Evidentemente la moza, desesperada y, al mismo tiempo deseosa de llevarlo a su lecho, le indica que deje a los muertos en paz; que se acuesten los difuntos con los difuntos. La actitud del joven romántico enerva a la criada, pues, ensimismado y en trance, seguía recitando versos sin escuchar los requiebros e insinuaciones de la criada:

¡Maldita seas, mujer!
¿No ves que tu aliento mata?
Si has de ser mañana ingrata,

¿por qué me quisiste ayer?
 ¡Maldita seas, mujer!

 Ven, ven y muramos juntos,
 huye del mundo conmigo,
 ángel de luz,
 al campo de los difuntos;
 allí te espera un amigo y un ataúd (1837: 284).

Evidentemente la criada, ante estas *pruebas* de amor, lanza improperios de toda casta. Momento en el que irrumpe en la escena el dueño de la casa, el tío del joven romántico, rescatándole del asedio amoroso.

Mesonero Romanos adopta la misma actitud que Larra a la hora de analizar a la criada, pues inclina la balanza hacia sus defectos, a sus rencores y maledicencia con sus amos, aunque siempre desde una perspectiva humorística y sin excesiva animadversión. Sería el caso del artículo *El día de fiesta*, publicado en la *Revista Española* (1833), en el que la criada, so pretexto de ser una buena cristiana, pide permiso a su ama para asistir a misa:

[...] Ahora repare usted a ese otro lado y observe esa pareja que cruza delante de nosotros: media hora hace que salió la joven (que en su guardapiés de primavera, delantal negro, pañuelo amarillo y mantilla de sarga, muestra ser diosa de cocina) de una casa en la calle de la Magdalena, y al despedirse del ama, que le encargó que volviera pronto, respondió muy satisfecha: «Descuide usted, señora, en cuanto oiga misa». Pero al volver la esquina de la calle tropezó con aquel mancebo que la esperaba, y aunque en todo este tiempo que van juntos han pasado por diferentes iglesias, en ninguna han dado muestra de entrar (1833: 87).

No faltan en los artículos de Mesonero criadas de apariencia señorial, encopetadas, activas y conocedoras del gran mundo. Criadas que son confundidas por la sociedad en la creencia de que pertenecen a una posición social elevada, como en el caso del artículo *Un viaje al Sitio*, publicado en las *Cartas Españolas* el 17 de junio de 1832. En él, Mesonero Romanos, convertido en narrador del cuadro, como un personaje más que comenta todos los incidentes de un viaje en diligencia, desde la Puerta del Sol hasta el Real Sitio, confunde durante el trayecto a la criada, pues sus modales, conversación y tics caracterizadores denotan arrogancia y altivez. Solo al llegar a su destino y solicitar las autoridades la presentación de la documentación se sabrá que es una simple criada que acompaña a una joven dama que también viaja en la diligencia.

El reverso de la moneda de este tipo de criada lo constituye, por ejemplo, el tipo de doncella que aparece en el artículo *Martes de Carnaval y miércoles de Ceniza*, publicado en el *Semanario Pintoresco Español*, 17 de febrero de 1839, pues en el apartado *El entierro de la sardina. Coro de doncellas* se refiere al trabajo que ejercen las mujeres jóvenes, desde las cigarreras de la fábrica de tabacos y mujeres que venden los productos de la huerta en los mercados hasta «las que vinieron de su pueblo a servir a un amo y acabó su humildad por servir a muchos, barro frágil de Alcorcón, sujeto a golpes y quebraduras» (1839: 53). *Barro frágil* lo suficientemente connotativo como para interpretar la transformación de la criada, convertida en mujer de la calle, al servicio de muchos amos.

Mesonero Romanos ofrece un material noticioso de primer orden para conocer las costumbres de las criadas, sus paseos por determinadas plazuelas y calles, su lenguaje, sus relaciones amorosas y preferencias por determinados oficios de hombres, especialmente

del aguador, su carencia de ambiciones, como en el artículo *Tengo lo que me basta*, publicado en el *Semanario Pintoresco Español* el 6 de febrero de 1842, en el que analiza la falta de superación o ambición por parte de la sociedad española, mal endeble que impide el progreso de España. Como no podía ser de otro modo, el servicio doméstico no escapa a esta crítica: «¡Tengo lo que me basta! Prorrumpe también el atareado doméstico, que regalado con las sobras de la mesa de un señor hace gustosa cesión de su albedrío y desoye la voz de su razón, que le grita que por sí propio pudiera acaso proporcionarse una vida independiente y feliz» (1842a: 45). *El Curioso Parlante* nos ofrece también información privilegiada sobre los distintos oficios y profesiones de los habitantes de Madrid basada en la procedencia o nacimiento de los mismos, consciente de que la sociedad madrileña a mediados del siglo XIX está configurada por los habitantes de otras poblaciones, como en el caso del artículo *Inconvenientes de Madrid*, en el que se indica que, por regla general, la criada procede de la Alcarria (1842b: 44-47).

El material noticioso que aparece en los artículos de costumbres incide también en la onomástica de las criadas, como en el caso del artículo *Madrid en cueros* perteneciente a la *Colección de artículos satíricos y festivos* (1840) de López Pelegrín, en el que se nos indica que el patronímico Pepa es el más común y generalizado entre el servicio doméstico. Por su parte Antonio Flores, en un clásico artículo suyo, *Al amor de la lumbre*, perteneciente a su obra *Ayer, Hoy y Mañana*, publicada en el año 1853,⁵ ofrece un animado cuadro en el que los personajes en fluida conversación tratan sobre la posible contratación de una criada. La madre de la criada y la dueña de la casa exponen de forma locuaz las obligaciones y deberes para la criada, así como su salario. La joven e inexperta moza una vez instalada en la casa aprenderá los deberes domésticos teniendo como mentora y tutora a la propia dueña de la casa. Contratación que es posible gracias a las referencias que la madre ofrece a la dueña. Referencias de personas que testifican la honradez de la criada y su familia. La criada es para la sociedad de los primeros años del siglo XIX un miembro más de la familia. Tal como señala Flores, una vez instalada en su nueva casa, la señora le enseña

[...] con una paciencia ejemplarísima a barrer, a limpiar, a guisar y a coser, cuidando de que una de sus hijas la instruyese en la doctrina cristiana. Y con esto, la criada era un individuo más de la familia, que salía a paseo los domingos con sus amos [...] Con esto la criada iba haciendo su baúl para el día de mañana, enviaba algunos ahorros a sus padres con el carbonero del lugar [...] Si andando el tiempo se enamoraba de algún honrado tendero de comestibles o del barbero de la vecindad, el novio empezaba por pedir la mano de la criada a sus amos, y estos, después de ver si la boda era conveniente, lo participaban a los padres y se brindaban a ser padrinos (1892, I: 400-401).

La familiaridad de la criada con sus amos e hijos se evidencia en los cuadros que tienen como objeto de análisis la sociedad de comienzos del siglo XIX, como en el cuadro titulado *Los pollos de 1800* (1892, I: 215-221), en el que la criada no solo es una simple sirvienta, sino una persona respetada y con autoridad, especialmente si los hijos están en la adolescencia. El propio Flores en uno de los cuadros de costumbres más conocidos, *Los gritos de Madrid* —fiel reflejo de la publicidad y venta de productos a través de un instrumento musical o gritos peculiares con claro valor denotativo para conocer desde las mismas viviendas el producto o comestible que se vendía—, describe

⁵ En nuestro artículo citamos por la edición llevada a cabo en 1892-1893. Se trata de la edición más cuidada. Ilustrada con excelentes cuadros.

pormenorizadamente numerosos oficios, todos ellos relacionados con la venta de productos en las tiendas madrileñas. La intendencia y la remuneración del servicio doméstico y empleados quedan patentes en dicho artículo. De esta forma sabemos que a la criada, además del salario convenido, por lo común veinte reales al mes, se le daba «dos cuartos para el almuerzo, que recibía diariamente y en ochavos por mano del ama, que asimismo daba a los mancebos una onza de chocolate, que los más días comían con un zoquete de pan» (1892, I: 414).

En el cotejo que Antonio Flores lleva a cabo entre las costumbres y tipos de la generación anterior y la suya, se observa la transformación de numerosos oficios y profesiones. Frente al trato familiar de la criada con sus amos en la sociedad del *Ayer*, surge a mediados de siglo XIX un nuevo modelo de servicio doméstico, más distante, impersonal e igualitario con sus amos. La igualdad confunde, precisamente, todas las clases, de suerte que en un baile, en un café o en un paseo criados y amos se pueden encontrar compartiendo un mismo lugar, sin distinguos de ninguna parte. Las doncellas, las criadas «van vestidas de seda, con guantes de color de paja y aun cogidas del brazo del novio, lo que se hace es dejarles la derecha y aun hacerles una cortesía» (1892, II: 452). Antonio Flores insiste en la igualdad de clase y ello incide, tal como él mismo señala, en la contratación:

Al cabo y al fin el servicio doméstico no es hoy como antiguamente una servidumbre, sino un contrato bilateral [...] La igualdad es la aspiración constante de esta generación, y la igualdad aplicada a los costumbres ha quitado a estas el matiz que antes las caracterizaba. El dinero ha puesto los placeres al alcance de todas las fortunas y el dinero cada cual lo alcanza como puede (1892, II: 453).

En el cuadro *Las costumbres populares* se percibe con nitidez el deseo de la criada por imitar los usos y costumbres de sus señores, de aparentar una posición social que no tiene, de un «quiero y no puedo» que se convierte en un auténtico problema. La tendencia a la igualdad de clases es evidente y nada mejor para ello que introducir a dichas clases sociales en los lugares de moda, en los salones de baile que, precisamente, a mediados del siglo XIX se pusieron de moda, como los salones en Santa Catalina, en la Fontana, en San Bernardino, en Villahermosa, en el Buen Retiro, entre otros. Igualdad de comportamientos que hace imposible distinguir la procedencia social de los mismos:

La criada alcarreña ya no se atonta *valseando*; el dependiente de comercio se ve obligado a bailar el *rigodón* para que no le llamen *hortera*; la operaria de la fábrica de tabacos echa una *polca* con el cabo de infantería; la ribeteadora de zapatos *galopa* con el tendero de comestibles, y las costureras y los industriales todos bailan *chotis*, *mazurcas* y *cotillones* que es una maravilla (1892, II: 451-452).

El «mundo al revés», como diría la prensa satírica o la confusión de clases, como señala Antonio Flores. Lo interesante es recalcar que la colección de cuadros costumbristas que figura en los volúmenes dedicados a la sociedad de 1800 y 1850, un total de ciento siete cuadros, supone un auténtico documento de los hábitos, usos y tipos de la España del siglo XIX, no así el tercer volumen, cuyo contenido pertenece ya a la ciencia ficción, pues se describen los adelantos y costumbres de la sociedad del siglo en el año 1899, cuando dicha colección se publica en 1853. Aun así, la criada también está presente en los cuadros, aunque de forma incierta y nada apegada a la exactitud de sus hábitos. Lo realmente interesante lo encuentra el lector en la sociedad de 1850, en los artículos escritos con pleno conocimiento de causa. Flores, excelente periodista, no pudo resistir la

tentación de reproducir en su obra un clásico anuncio sobre criadas en su artículo *Retrato al daguerrotipo del Diario Oficial de Avisos de Madrid* que, tras dar cuenta de noticias sobre el gobierno civil, beneficencia, asuntos judiciales, defunciones o avisos a los taberneros, traspasos, ofertas de lápidas y panteones, remedios curativos de toda índole, pérdidas y otros temas, incluye anuncios de personas que se ofrecen a servir en casas, indicando sus avaluos, o de mujeres que solicitan una nodriza, como en el siguiente anuncio: «NODRIZA. Bárbara Cuévanos solicita una cría. Su edad de diez y ocho años con leche de dos meses y personas que le abonen, en el portal de zapatero de la calle de la Gorguera darán razón» (1892, II: 35).

A partir del segundo tercio del siglo XIX se pone de moda en Europa una nueva modalidad de publicaciones que incluían en sus páginas grabados referentes al tipo estudiado. La escena pasa a un segundo término y predomina el estudio, la descripción detallada de tipo que, como es lógico, representa una determinada profesión u oficio. Adecuación perfecta, pues, por regla general, su elaboración estaba realizada por excelentes grabadores. Colecciones que al ser colectivas ofrecían una visión rigurosa del tema tratado, pues se encomendaban siempre a plumas de prestigio y conocedoras del asunto o motivo tratado. En 1843 se publica la primera colección costumbrista española, *Los españoles pintados por sí mismos*, influenciada, fundamentalmente, por la titulada *Les français peints par eux-mêmes*, aunque con anterioridad se publicara en Inglaterra *Heads of the People: or Portraits of the English*. Influencia que en lo concerniente a Hispanoamérica o provincias españolas vendría dada por la colección española, como, por ejemplo, *Los cubanos pintados por sí mismos*, *Los mexicanos pintados por sí mismos*⁶ o *Los valencianos pintados por sí mismos*.

En *Los españoles pintados por sí mismos* aparece la criada desde un doble punto de vista. Por un lado como complemento de un tipo descrito que pertenece a otro oficio, profesión o estado; por otro, con entidad propia, protagonizando un cuadro y, por ende, constituido en un tipo con personalidad propia. En el primer caso, la criada aparece, por ejemplo, como un elemento asimilado a la idiosincrasia del tipo descrito, como en el caso del cuadro de costumbre *El ama del cura* de José María Tenorio, conocido escritor en su época, aunque hoy olvidado, que colabora en la citada colección con los cuadros *El mendigo*, *El demanda o santero* y *La casera de un corral*. En el artículo *El ama del cura* se intercala un grabado en el que aparecen al pie del mismo los nombres del dibujante y del grabador, Miguel del Rey, autor de célebres dibujos insertos en el *Semanario Pintoresco Español*, *Museo de las Familias* y *Escenas Matritenses* de Mesonero Romanos, y Calixto Ortega, cuyos grabados aparecen en numerosas publicaciones periódicas, como las ya citadas y otras de carácter satírico y jocoso, como sus inolvidables caricaturas que aparecen en la revista satírica *La Risa*.

El cura suele ser descrito como un hombre dado a la buena mesa, a la vida regalada, en línea con el sanchopancismo clerical de épocas anteriores y que a mediados del siglo XIX alcanza una gran popularidad tanto en las colecciones colectivas de tipos o individuales, como en la prensa satírica de la época. Siempre dado al buen yantar preferirá una criada de buen ver, joven y agraciada para sus desahogos íntimos, cuidando a lo largo de su vida a sus *sobrinos*, hijos de la criada y cuya paternidad, para los conocedores del asunto, corresponde al propio cura:

⁶ En nuestro estudio hemos utilizado la reproducción facsimilar llevada a cabo en 1974.

Se establece una conexión íntima entre la colección de los mexicanos y la francesa, apoyada por Fernández Ledesma, reflexión que no es exacta tal como muy bien apunta Ucelay Da Cal (1951: 198). Vid. también Ayala (en prensa).

[...] de que los curas y los clérigos tengan mujeres mozas a su lado, solo puede inferirse que, como es natural, prefieren la edad lozana a aquella en que decaen las fuerzas del cuerpo y del espíritu, y por consiguiente para darles en esto razón no precisa meterse en mayores honduras. Así es que se cuenta de un cura que en lugar de un ama de más de cuarenta tenía más de dos de veinte y un año cada, y habiendo sido reconvenido por su superior sobre este particular, le contestó con agudeza: «Señor ilustrísimo, en nada he faltado al Concilio porque tengo la obra en dos tomos» (1843-1844, I: 53).

La criada cuando asciende a ama del cura es un ser envidiado, pues goza de privilegios prácticamente vedados al resto de sus congéneres de oficio. Dispone de una tranquilidad envidiable, sin agobios económicos, solicita siempre a los deseos del cura, de ahí que tenga

[...] su dormitorio inmediato al del Padre, por si se ofrece algo a media noche hallarse pronta a prestarle todo el servicio que le ha prometido y es de su deber. Por la mañana suele levantarse primero para tener todas las cosas dispuestas y arreglada la casa, en lo que se manifiesta muy solícita [...] En todas estas faenas o entretenimientos le acompaña el ama con su acostumbrada complacencia, y llegada la hora del medio día comen juntos, duermen ambos la siesta, repitiéndose a la noche la misma escena (1843-1844, I: 56).

La limpieza y pulcritud de esta criada convertida en el apéndice del cura es proverbial, hasta en los detalles más nimios, incluidos aquellos en los que sus quehaceres domésticos son excesivos y contrata para ello una joven criada que, evidentemente, deberá obedecer en todo, como si en lugar de ama fuera la esposa: «Lo que yo te mande es como si lo mandara el Padre cura, pues aquí no hay más voz que la mía, y su merced se entiende siempre conmigo, que estoy enterada en todo y sé cómo se le ha de dar gusto. Nada de cuentecillos a los vecinos de lo que pasa en casa, y poco trato con todas, sin reñir con ninguna» (1843-1844, I: 59).⁷

El artículo de *El ama del cura* se complementa con el debido al escritor costumbrista Fermín Caballero, *El clérigo de misa y olla*, perteneciente a *Los españoles pintados por sí mismos* y autor de otros cuadros insertos también en dicha obra, como *El alcalde de Monterilla*, *El ejecutor* y *El domine*. Fermín Caballero conocía bien las costumbres de los sacerdotes, pues cursó estudios en el Seminario, abandonándolos a punto de ordenarse sacerdote. Con el tiempo fue un hombre célebre por sus publicaciones y cargos políticos con el partido progresista, llegando a ser alcalde de Madrid. Precisamente cuando publicó sus artículos en la colección era Ministro de la Gobernación. Sin lugar a dudas, Caballero, gracias a sus estudios eclesiásticos, conocía a la perfección los hábitos y costumbres de sus antiguos compañeros, pues los traza con perfecto conocimiento de causa, describiendo todos sus tics caracterizadores, su prepotencia, su incultura y sus ademanes afectados a fin de impresionar a los feligreses con su oratoria o frases latinas que apenas entiende. Desde el primer momento en que es ordenado sacerdote el clérigo de misa y olla se emancipa, alejándose de su familia, de sus hermanas y prefiriendo «para sirvienta a la hija del tamborilero, que es una muchacha rolliza, desenvuelta y de disposición para todo. En los antiguos cánones se llamaba esta ayuda de parroquia, compañera y barragana del clérigo;

⁷ Cura y ama envejecen juntos como cualquier matrimonio bien avenido, deseando que el fruto de su relación tenga en sus días una vida sin estrecheces económicas: «Si el clérigo y su ama son de una misma edad, llegan juntos al fin de una vida pacífica, que han pasado pensando exclusivamente en lo que podrán dejar al sobrinito, único objeto de su predilección» (1843-1844, I: 59).

hoy se titula el ama por decencia clerical, pero jamás se confunde ni en el trato, ni en el porte, ni en el nombre con la simple criada» (1843-1844, I: 188).

El grabado que acompaña al texto describe a un mozo de buen ver, robusto. Grabado debido a Fernando Miranda, muy conocido en los medios periodísticos gracias a sus numerosas ilustraciones insertas en los principales periódicos y revistas de la época. El porte autoritario y displicente del cura que figura en el grabado es superficial, pues en su interior solo piensa en lo vulgar, en el comer, dando siempre muestra de una incultura proverbial, aunque hable con despejo y suelte sentencias latinas contra libertinos y filósofos, e ignore sus obras o estudios. Se considera superior, inmune a la crítica, hablando de brujas, estudios o ánimas y contradiciendo todo lo que sea nuevo o esté en consonancia con los adelantos del siglo. La criada convertida en ama del cura procurará siempre que este encuentre todo lo que necesite. Ni la madre Celestina sería más diestra, señala Fermín Caballero, en aderezar tónicos, excitantes, dulcificantes y sustancias succulentas. Gracias a los buenos cuidados de la sirvienta el cura lleva una vida harto regalona:

Del agua no prueba más gota que la que destila con la cucharilla en el cáliz; pero todas las vinajeras del vino le parecen chicas, y golosos todos los monaguillos que le ayudan. Para él está de más el sumidero, aunque le caiga en el sangüis un mosquito o una avispa, que con los alcohólicos todo pasa por sus tragaderas espaciosas; y si en vez del pan ácimo le dieran un hornazo o un hojaldre de a libra se lo engulliría en un santiamén, sin que los fieles conociesen si consumía una hostia. En resumen, come como un heliogábalo, bebe de lo tinto a boca de jarro, duerme como un lirón; engorda como un tudesco, huelga placenteramente, y deja rodar la bola de este diablo mundo (1843-1844, I: 189).

San chopancismo clerical en el que la criada, sirvienta o ama está siempre presente como condición indeleble en la descripción del clérigo.

En la historia del costumbrismo, desde el punto de vista cronológico, el primer artículo o cuadro de costumbre protagonizado por la criada corresponde al año 1843, debido a José María de Andueza, autor también de los cuadros *El escritor público* y *El guerrillero*. En el artículo de Andueza, el dibujo y el grabado corresponden a Fernando Miranda y Calixto Ortega, respectivamente. El primero, tal como ya hemos indicado, era un reputado dibujante de láminas, cuya firma aparece en los retratos *El empleado*, *El cazador*, *El cochero*, *El contrabandista*, *El patriota*, *El ventero*, *La comadre*, *El gaitero gallego*, *El mayoral de diligencia*, *El maragato*, *El usurero* y el ya citado *El clérigo de misa y olla*. Por su parte Calixto Ortega, el principal grabador de *Los españoles pintados por sí mismos*, sería autor de las láminas *La castañera*, *El pretendiente*, *La coqueta*, *El empleado*, *El cesante*, *El aguador*, *El elegante*, *La celestina*, *El diplomático*, *La monja*, *La actriz*, entre otras.

En el cuadro de Andueza, la criada está descrita con todo detalle, en perfecta sintonía con la sociedad de mediados del siglo XIX. El servicio doméstico, la criada, es imprescindible en cualquier casa, sin necesidad de contar con una posición social elevada, de ahí que su presencia esté, prácticamente, en todo el tejido social, desde comerciantes, vendedoras y hospedadores hasta abogados, médicos o personal administrativo de cualquier oficina del gobierno. Su salario, cincuenta o sesenta reales al mes. Sus servicios serán siempre imprescindibles en el nuevo hogar:

Pero el honrado marido ha echado la cuenta sin la huésped; quiero decir, sin la Criada, sin esta perla de todas las provincias de España, sin este tipo hermoso, feo, sucio,

reluciente como la plata, fiel, vendido, siempre murmurador, siempre alegre, respondón, cariñoso, atrevido y de rompe y rasga (1843-1844, I: 88).⁸

La entrada en la nueva casa necesitada de una criada se produce casi al mismo tiempo en cualquier familia que se instala en Madrid o en una determinada ciudad o villa, teniendo como requisito fundamental el interrogatorio, casi detectivesco, del ama con la posible criada, cuyo origen, por lo común es de provincias. Sus referencias, habilidades domésticas, obligaciones, costumbres de la familia que la criada debe respetar y estipendio son aspectos tenidos en cuenta por ambas partes. La criada responde con docilidad a todas sus preguntas, normalmente siempre de forma satisfactoria, aunque lleva a cabo una especie de monólogo interior en el que escudriña lo bueno y lo malo de su *nuevo hogar*, si hay dinero o estrechez económica, si son avaros o cicateros los amos. Reflexiones que le llevan a negociar con la señora de la casa el salario y días de descanso. Pactadas las condiciones, la joven sirvienta entra a formar parte de la familia, pero sin la confianza, trato y adaptación a la misma que en épocas anteriores, en que la criada era considerada como un miembro más.

Otro de los rasgos más acusados de la criada en esta época es su similitud con la manola, con la mujer de rompe y rasga, de ingenio y arrojo probados. Para Andueza la condición *sine qua non* de la criada es tener siempre amantes, cuanto mayor sea el número mejor. Para todos tiene palabras amorosas y desdenes cariñosos. Conjuga un verbo que lo mismo denota afecto que indiferencia o desprecio. Los celos de los amartelados galanes avivan su ingenio a fin de tenerlos contentos y satisfechos. El relevo de amantes es continuo en la criada, de suerte que Andueza emite la siguiente interrogante al lector: «¿Y cuándo falta el reemplazo de amantes a la criada? Era preciso que en España no hubiese quintas para el reemplazo del ejército» (1843-1844, I: 91). Es evidente que a mediados del siglo XIX el casamiento o relaciones amorosas entre las criadas y sus pretendientes han cambiado. Frente a generaciones anteriores en que se casaba con un aguador, vendedor o dependiente de comercio, a partir de esta fecha el recluta, el soldado o militar de baja graduación será quien ocupe el lugar de todos ellos en sus pretensiones de matrimonio. De ahí que se acuñe o se estereotipe la imagen del soldado y la criada como el anverso y reverso de una moneda.

Para Andueza la importancia de la criada en España es proverbial, tan importante o más que un diputado a Cortes o que un ministro, pues, a pesar de sus posibles extravagancias, caprichos o arrebatos es, en muchas ocasiones, un ser afectuoso, generoso, que no duda en ayudar a la familia en la que sirve si se encuentra en apuros, especialmente cuando el progenitor o amo de la casa conoce el pan amargo de la cesantía, como aquel personaje de Mesonero Romanos, *Don Homobono Quiñones*, cuando recibe la cruel noticia de su cese. En esta ocasión la criada se convierte en el ángel del hogar, suple al ama y se las ingenia para llevar siempre alimentos a la casa. Andueza teje una historia, como si de un cuento se tratara, y narra las peripecias de una familia venida a menos. Historia que actúa también como el antónimo o reverso de la criada plagada de defectos, dando así

⁸ El grabado que figura al frente del artículo, una lámina en 4º, alude a buena parte de estas características. Moza risueña, de mirada fija al lector, desenvuelta, cubierta la cabeza y hombros con una mantilla de lana y colgando de ambos brazos una esportilla o capacho de esparto cargado de verduras y un pequeño saco que supuestamente estaría lleno de legumbres. Cubierta de cintura a bajo por una gruesa falda que da a entender que tras ella se esconde una falda bajera, asoman sus pies con sendo calzado popular, una especie de zapatilla ligera y de suela muy delgada cuyos cordones, entrecruzados en el empeine del pie, sujetan el calzado.

La viñeta que precede al texto, la criada, vestida de idéntica forma, habla con un soldado, ambos apostados en una esquina que tiene como telón de fondo un mercado, una plazuela madrileña, en la que concurren numerosos viandantes entre puestos de verduras y comestibles en general.

a entender que entre el servicio doméstico siempre nos encontraremos con dos tipos de sirvienta, sin excluir matices o rasgos que complementarían su personalidad, como, por ejemplo, la criada que entra al servicio de una casa siendo muy joven y que ha envejecido junto a sus amos y que mantiene un trato familiarísimo con los descendientes de la familia, a pesar de ser encopetados e ilustres hombres de Estado. Mosaico en el que no falta la criada celestinesca, como en el párrafo que da fin al artículo de Andueza: «La Criada es una crónica de todos los chismes de la vecindad: tercera de los amores de la señorita, lleva y trae sus amorosos billetes, y siempre retozona, siempre cantando, pasa la vida de casa en casa, como el pájaro burlón de árbol en árbol» (1843-1844, I: 94).

En *Los españoles pintados por sí mismos* aparecen también una serie de tipos relacionados con el servicio doméstico, contratados por las familias para una determinada circunstancia o momento, como *La nodriza* y *La lavandera*, de Manuel Bretón de los Herreros o *La doncella de labor*, de Manuel M. de Santa Ana. Trabajos nada cualificados y que suponen las únicas vías laborales que la mujer humilde puede desarrollar para garantizar su subsistencia. Oficios que no sólo están presentes en la mencionada colección, sino también en otras publicadas en la segunda mitad del siglo XIX (Ayala, 1992). Por ejemplo, en *Las españolas pintadas por los españoles* encontramos oficios domésticos que se complementan con los anteriores, como *La peinadora*, de Adolfo Mentaberri. También en *Madrid por dentro y por fuera* tenemos claras referencias sobre las criadas o personal doméstico a través de los cuadros *La portera*, de Manuel Matoses. En la colección *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas* aparecen también artículos referidos al servicio doméstico, como *La dida*, de María Mendoza de Vives, *La niñera*, de Sofía Tartilán, *La modista*, de Josefa Pujol de Collado, *La costurera de aldea*, de Filomena Dato, *La lavandera*, de Francisca Carlota de Riego y, fundamentalmente, el titulado *La criada*, de Sofía Tartilán. Este último, evidentemente, es el más interesante de dicha relación, pues su estudio, publicado en 1882, analiza el proceso de evolución de la criada, desde mediados del siglo XIX hasta el último tercio de dicho siglo. La nostalgia, la añoranza del pasado, se percibe con nitidez en el artículo de Sofía Tartilán, pues la criada era considerada como un elemento más de la familia, ya que entraba de niñera o *rolla* y cuando la dueña de la casa o la criada antigua le enseñaban los pormenores de su cargo y los hijos de los dueños se hacían mayores, de niñera pasaba a la categoría de *criada de cuerpo de casa*. La descripción de la misma concuerda con las llevadas a cabo por anteriores costumbristas y solo ligeros matices diferencian el presente cuadro al de los ya citados. La autora del artículo, Sofía Tartilán, deja bien claro que la criada del pasado era fiel a la familia, honrada y sencilla, no imitaba jamás las maneras y formas de vestir de los dueños de la casa y, para la clase media, era considerada como de la familia.

Frente a este modelo del pasado surge otro sin apego a la familia, haciendo bueno al dicho *la moza y el gallo un año*. Su presentación no difiere a la de otros artículos, pues mediante el diálogo entre la dueña y la futura criada se establecen las condiciones del contrato, las obligaciones y deberes del mismo, así como el estipendio. Una vez instalada en casa, la criada sufre una curiosa mutación conforme a la confianza de vecinos y amos. Mujer preocupada por la moda, que cuida su peinado y sus formas y que en nada se parece a las de épocas anteriores, pues eran sencillas tanto en su forma de vestir como de sus diversiones. El tipo social se ha transformado y su evolución está en consonancia con los cambios del siglo, tal como indica Sofía Tartilán: «El tipo social obedece, en sus evoluciones, a la marcha que el siglo imprime a todas las cosas, y no hace ni más ni menos que las de las otras clases. La criada de hoy abandona sin pena unos amos para conocer otros nuevos; así como nosotras las vemos salir de nuestra casa con indiferencia» ([1882]: 673). Desamor, despego por la familia, entre amos y criados, indiferencia o desinterés,

serán a partir de finales del siglo XIX rasgos inherentes a las relaciones entre la criadas y los dueños de las casas, estableciéndose una dependencia mutua marcada, fundamentalmente, por el salario, sin ningún tipo de sentimientos o implicaciones familiares. Esta será la línea a seguir, la conducta que, salvo casos excepcionales, adoptará la criada a finales del siglo XIX, especialmente en las grandes ciudades.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDUEZA, José María de (1843-1844), «La criada», en *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, I. Boix, pp. 87-92.
- AYALA, M^a. de los Ángeles (1992), *Las colecciones costumbristas de la segunda mitad del siglo XIX (1870-1885)*, Alicante, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- (ed.) (2008), *Madrid por dentro y por fuera*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (en prensa), «Los españoles pintados por sí mismos y Los mexicanos pintados por sí mismos: analogías y diferencias», en *Homenaje a Salvador García Castañeda*, Santander, Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo.
- CABALLERO, Fermín (1843-1844), «El clérigo de misa y olla», en *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, I. Boix, pp. 185-192.
- CANO Y HOLMEDILLA, Juan de la Cruz (1777), *Colección de trajes de España, tanto antiguos como modernos, que comprende todos los de sus dominios. Contiene ochenta y seis láminas dispuestas y grabadas algunas en agua fuertes, por...*, Madrid, Casa de M. Copín, Carrera de San Jerónimo.
- CLAVIJO Y FAJARDO, Joseph (1762), *El Pensador. Por Don...*, Madrid, Imprenta de Joachin Ibarra, MDCCCLXII, Tomo II, Pensamiento XX, pp. 189-220.
- Cubanos pintados por sí mismos, Los. Edición de lujo, ilustrada por Landaluce, con grabados por D. José Robles* (1852), La Habana, Imprenta y Papelería de Barcina, vol. I, 334 pp.
- Españolas pintadas por los españoles, Las. Colección de estudios acerca de los aspectos, estados, costumbres y cualidades generales de nuestras contemporáneas. Ideada y dirigida por Roberto Robert con la colaboración de...* (1871-1872), Madrid, Imprenta a cargo de J. E. Morete, 2 vols.
- Españoles pintados por sí mismos, Los* (1843-1844), Madrid, I. Boix.
- FLORES, Antonio (1853), *Ayer, Hoy y Mañana, o la Fe, el Vapor y la Electricidad, cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899, dibujados a la pluma por Don...*, Madrid, Imprenta de J. M. Alonso, Librería Baillo-Baillière.
- (1892-1893), *Ayer, Hoy y Mañana, o la Fe, el Vapor y la Electricidad, cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899, dibujados a la pluma por Don...*, Barcelona, Montaner y Simón Editores, 3 vols.
- Français peints par eux-mêmes, Les. Encyclopédie Morale du dix-neuvième siècle* (1840-1842), Paris, L. Cormmer, 9 vols.
- Heads of the People: or Portraits of the English* (1840), Londres, Rebert Tyas, 2 vols.
- Impertinente, El* [seudónimo] (1792), «Carta sobre el rastro de Madrid», en *Diario de las Musas*, Madrid, Imprenta de H. Santos Alonso, nº 78, pp. 272-278.
- LARRA, Mariano José de (1832), «El castellano viejo», en *El Pobrecito Hablador. Revista satírica de costumbres, etc., etc., por el Bachiller D. Juan Pérez de Murguía*, Madrid, Imprenta de Repullés, 11 de diciembre.
- (1835-1837), *Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres publicados en los años 1832, 1833 y 1834 en «El Pobrecito Hablador», la «Revista Española» y «El Observador»*, Madrid, Repullés, 5 vols.
- (1836), «La Noche Buena de 1836. Yo y mi criado. Delirio filosófico», en *El Redactor General*, Madrid, Tomás Jordán, 26 de diciembre.

- LÓPEZ PELEGRÍN, Santos [*Abenamar*] (1840), *Colección de artículos satíricos y festivos*, Palma [En colaboración con Antonio María de Segovia, conocido con el seudónimo de *El Estudiante*]. *Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos. Misterios de la corte, enredos y mentiras, verdades amargas, fotografías sociales. La familia, la calle, el paseo. Cuadros de costumbres, miserias madrileñas, lujo y bambolla. Tipos de Madrid, señoras y caballeros, políticos y embusteros. Lo de arriba, lo de abajo, lo de fuera y lo de dentro. Madrid tal cual es, Madrid al pelo, Madrid en camisa. Dirigido por Eusebio Blasco y escrito por varios autores* (1873), Madrid, A. de San Martín y Agustín Jubera.
- MERCADAL, Juan Antonio (1771), *Galanteos y matrimonios a la moda, El Duende Especulativo. Sobre la vida civil en Madrid, dispuesto por Don Juan Antonio Mercadal*, Barcelona, Palo Campins, Impressor. Se hallará en Casa Calle de Amargós, y en las Librerías de Estevan Casañés, Calle de Bocaria; y en la de Jacinto Subirana debaxo la Cárcel; y en la de Juan Santana, nº XIV, pp. 1-20.
- MESONERO ROMANOS, Ramón (1832), «Un viaje al Sitio», en *Cartas Españolas, o sea revista histórica, científica, teatral, artística, crítica y literaria. Publicadas con Real Permiso y dedicada a la Reina Nuestra Señora, por D. José María Carnerero*, Madrid, Imprenta de J. Sancha, Tomo v, 17 de junio.
- (1833), «El día de fiesta», en *Revista Española* (12 de abril), Madrid, Imprenta de Sancha, pp. 133-136.
- (1837), «El Romanticismo y los románticos», en *Semanario Pintoresco Español*, 72 (10 de septiembre), Imprenta de T. Jordán, pp. 281-285.
- (1839), «Martes de Carnaval y miércoles de Ceniza», en *Semanario Pintoresco Español*, 7 (17 de febrero), Imprenta de T. Jordán, pp. 51-54.
- (1842a), «Tengo lo que me basta», en *Semanario Pintoresco Español*, 6 (6 de febrero), Imprenta de la viuda de Jordán e hijos, pp. 44-47.
- (1842b), «Inconvenientes de Madrid», en *Semanario Pintoresco Español*, 9 (27 de febrero), Imprenta de la viuda de Jordán e hijos, pp. 69-72.
- Mexicanos pintados por sí mismos, Los. Tipos y costumbres nacionales por varios autores* (1854), México, Imprenta de M. Murguía y Comp., Portal del Águila de Oro, vol. 1, 290 pp.
- Mexicanos pintados por sí mismos, Los. Tipos y costumbres nacionales por varios autores* (1974), México D. F., Librería de Manuel Porrúa, S. A.
- Mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas, Las. Estudio completo de la mujer en todas las esferas sociales. Sus costumbres, su educación, su carácter. Influencia que en ella ejercen las condiciones locales y el espíritu general del país al que pertenecen. Obra dedicada a la mujer por la mujer y redactada por las más notables escritoras hispano-americanas-lusitanas bajo la dirección de la señora doña Faustina Sáez de Melgar, e ilustrada por multitud de magníficas láminas dibujadas por Eusebio Planas* [1882], Barcelona, s.a., pp. 669-674.
- ROMEA Y TAPIA, Juan Cristóbal (1863), *El Escritor sin título. Traducido del español al castellano por el licenciado Don Vicente Serrallar y Aemor* [seudónimo de Juan Cristóbal Romea y Tapia], Madrid, Manuel Martín.
- (1790), *El escritor sin título. Discurso primero dirigido al autor de las noticias de moda, sobre las que nos ha dado a luz en los días 3, 10 y 17 de Mayo. Traducido del Español al Castellano por el licenciado don Juan Cristóbal Romea y Tapia*, Madrid, MDCCXC, en la Imprenta de Don Benito Cano, Edición que reproduce los discursos de la primera edición.
- RUBÍN DE CELIS, Santos Manuel (1886), *El Corresponsal del Censor*, Madrid, Imprenta Real, Carta VII, p. 99.

- TARTILÁN, Sofía [1882], «La criada (Tipos madrileños)», *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas. Estudio completo de la mujer en todas las esferas sociales. Sus costumbres, su educación, su carácter. Influencia que en ella ejercen las condiciones locales y el espíritu general del país al que pertenece. Obra dedicada a la mujer por la mujer y redactada por las más notables escritoras hispano-americanas-lusitanas bajo la dirección de la señora doña Faustina Sáez de Melgar, e ilustrada por multitud de magníficas láminas dibujadas por Eusebio Planas*, Barcelona, pp. 669-674.
- TENORIO, José María (1843-1844), «El ama del cura», *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, 1. Boix, pp. 50-60.
- TORRES VILLARROEL, Diego (1727), *Visiones y visitas de Torres con D. Francisco de Quevedo, por la Corte. Trasládalas desde el sueño al papel el mismo D. Diego de Torres*. En Madrid por Antonio Marín: Véndese en su Casa, a la entrada de la calle de Jesús María frente a la Portería de la Merced Calzada; y en la Librería de Juan de Moya, frente a las Gradas de San Felipe.
- UCELAY DA CAL, Margarita (1951), *Los españoles pintados por sí mismos (1843-1844). Estudio de un género costumbrista*, México, El Colegio de México.
- Valencianos pintados por sí mismos, Los. Obra de interés y lujo escrita por varios distinguidos escritores* (1850), Valencia, Imprenta de La Regeneración Tipográfica de D. Ignacio Boix.